

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 13, 1-2.44-46): *Será llevado ante el sacerdote.*

Salmo (31, 1b-2.5.11): *«Tú eres mi refugio, me rodeas con cantos de liberación»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 31 – 11, 1): *Hacedlo todo para gloria de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 40-45): *Para que conste, ve a presentarte al sacerdote.*

En la primera lectura, vemos como en Israel, según la ley de Moisés, se declara impuro al leproso, pero esta impureza implica que el leproso no es solo un enfermo, es un pecador que debe ser excluido de la comunidad, es el sacerdote el que determina que aquel hombre es un leproso, un marginado, un excluido y debe alejarse de la ciudad y de las personas. La ley de Moisés y las costumbres sociales que de ella dimanaban fijaban los límites de la marginación, así, los “limpios” y “puros” quedaban protegidos por esta ley, y nunca osaban acercarse a los marginados.

Marcos nos presenta la escena de un leproso que, según la antigua ley de Moisés, no podía acercarse a los limpios y debía proclamar su impureza para ahuyentar así a los que pasasen a su alrededor. Una escena de marginación total sirve de marco para mostrar que la actividad de Jesús va más allá del territorio que le permite la ley mosaica.

Este relato evangélico insiste en la idea de que la impureza, la falta de limpieza, la enfermedad contagiosa, segrega al individuo de la sociedad limpia y sana. Pero si bien es cierto que esta falta de limpieza condenaba al enfermo, al impuro, el paso de Jesús ante él le abre un nuevo horizonte de salud y de limpieza. Jesús rompe el esquema pecado=castigo, enfermedad contagiosa=segregación, y brinda generosamente una nueva alternativa pecado=conversión, enfermedad=curación.

Tenemos que observar que, lejos de aceptar resignado su condición de marginado, es el propio leproso quien siente la necesidad de salir de su situación; sabe que, según su ley, la enfermedad sólo la cura Dios y, desde su propia indignancia se atreve a dirigirse a Jesús como el enviado de Dios y reconociendo su poder, humildemente le ruega que produzca en él un cambio radical: **¡Si quieres, puedes limpiarme!** Es un grito de fe y adoración ante Jesús de quien el enfermo ha oído hablar; no se trata simplemente de una reacción de aprovechamiento de unos beneficios que se reparten gratuitamente. Diríamos que él le pide a Jesús realice un “milagro”, sabiendo que sólo Dios o su enviado pueden sanarlo.

Esta voluntad del leproso manifestada a Jesús con este grito de adoración y de fe recibe la respuesta de Jesús que quiere que el leproso quede limpio. El querer del impuro se hace limpio al salir de su propia inmundicia y dirigirse esperanzado al que no hizo ascos de su lepra a la vez que Jesús extendió sobre él su mano poderosa, transmitiéndole la fuerza regeneradora que le devolvió un cuerpo limpio.

La respuesta de Jesús no defrauda al enfermo. Jesús quiere curar, para eso ha venido al mundo: para expresar la voluntad salvífica, sanadora, del Padre. La súplica del enfermo es ya fruto de la acogida que el leproso ha dispensado al Mesías, al Salvador, que se ha acercado a él. No es una resignación pasiva de la enfermedad que sufre, ni tampoco se rebela contra el Dios que según la ley de Moisés le había castigado con esta terrible enfermedad. Reconoce con disgusto su situación angustiada, pero no se desespera, sino que tímidamente se atreve a pedir a Jesús que cumpla en él su voluntad: **¡Si quieres, puedes limpiarme!**

Jesús cura al leproso porque esa es la voluntad de su Padre, la que él quiere cumplir porque ama a su Padre y se siente querido por Él. La gloria de Dios, la afirmación de su criterio y de sus razones, la aceptación de su voluntad equivale al bien de todos los hombres a los que Jesús con su presencia ha facilitado la cercanía de lo divino; Jesús no busca el aplauso de las gentes, e incluso prohíbe al leproso que le aplauda, pero su acción benéfica se expande y difunde como la propia bondad. Le prohíbe decir nada, porque no quiere que se confunda la intención del milagro, pero aquel hombre va proclamando a todo el mundo a Jesús de Nazaret, de manera que el leproso liberado y evangelizado se convierte en evangelizador.

En la comunidad cristiana no cabe condenar al leproso, al marginado, a aquellos que consideramos contagiados por impurezas contaminantes; si de veras creemos en Jesús, el Salvador, tenemos que evitar ese juicio de condena y esperar que la acción de Dios, esa que se hace patente y viva en cada cristiano responsable, pueda brindar al necesitado y al marginado un rayo de esperanza que le permita sentirse reintegrado en el ámbito de los limpios.

Todo esto, sin olvidar que sólo el querer limpio de Dios, su voluntad sin impurezas, es fuente de salud y de recuperación. Encapricharnos en nuestros deseos, autocomplacernos con nuestra propia voluntad equivale a rechazar esa alternativa que Jesús brinda a los que elevan su voz diciendo: **¡Si quieres, puedes limpiarme!**

Con esto nos está pidiendo la Palabra de Dios que no marginemos a los débiles, que no hagamos invisibles a los pobres, a los enfermos y ancianos, que seamos solidarios con aquellos que debido a la guerra, al hambre, a la pobreza, a la soledad o cualquier otra causa que padecemos se sientan, como el leproso, marginados y apartados.